

Llucia Ramis



Si Houellebecq fuera mujer

Siempre he querido escribir una novela como si fuera Michel Houellebecq, pero en mujer. La protagonista sería una misántropa, cínica y miserable, tan clarividente que sólo podría deprimirse ante la realidad. Buscaría en el sexo un destello de emoción. Pero los hombres le parecerían tan bobos, tan absolutamente previsibles y narcisistas, que tras pasearlos un rato, los abandonaría por puro aburrimiento, y acabaría refugiándose en las pastillas.

Problema: no se lee igual a un hombre que a una mujer. Un caso claro es el de Karl Ove Knausgård. Si *Mi lucha* lo hubiera escrito una Karla Eva, llevaría la etiqueta de literatura femenina. A fin de cuentas, describe un parto y cómo cambia pañales, además de otros tipos de amor. Knausgård reconoce que evita leer a Houellebecq porque le recuerda lo excelsa que puede ser una obra y lo inferior que, en contraste, es su trabajo. La diferencia está en el narrador, en lo mucho o poco que te importa que te confundan con él. Porque eso es inevitable: siempre van a creer que piensas lo que dices. Que no hay artificio. Ahí está el auténtico condicionante a la hora de crear. ¿Cómo quieres que te vean? ¿Serías capaz de soportar a tu propio personaje?

Cuando un hombre es inmaduro –y lo son todos–, lo comparan con el extraordinario Peter Pan. En cambio, una mujer inmadura –y así se considera toda aquella que no ha querido formar una familia– se equipara a las petardas de *Sexo en Nueva York*. Ellos pueden ser *enfants terribles*; nosotras nos que-

Ellos pueden ser ‘enfants terribles’; nosotras nos quedamos en infantiloides Pippi Calzaslargas

damos en infantiloides Pippi Calzaslargas. Ambos casos envejecen mal.

A Houellebecq le encanta provocar. Pero a partir de una cierta edad, sus *boutades* preocupan a quienes lo leemos devotos. Aunque el protagonista de *Serotonina* –su última novela, publicada en Anagrama– diga tener cuarenta y seis años, parece un viejo verde con achaques sentimentales y una tontería existencial que debería de haber superado. Es como esos abuelos a quienes adoras pese a que ya aburran, contando siempre las mismas batallitas de un tiempo obsoleto. En la serie *El método Kominsky*, hay una escena reveladora: Michael Douglas intenta ligar con una chica en un bar, pero sus armas de seducción ya no funcionan. Es demasiado mayor, y ella lo ve como un perverso.

A veces pienso que, si Houellebecq fuera mujer, escribiría como Emmanuel Carrère. No nos engañemos, sus narradores son igual de cínicos y miserables. Pero a Carrère le preocupa la imagen, esa identificación con la voz de su texto. Por eso, sobre un artefacto de sofisticada honestidad, construye un personaje que se vuelve antipático y cargante cuanto más cercano parece. Se le perdona la arrogancia por las reflexiones que hace. No me atrevo a ser Houellebecq, pero sí a hacer trampas igual que Carrère. Consciente, eso sí, de que los hombres son genios o geniales. Y las mujeres, como máximo, llegan a ser brillantes.●